

Capítulo 2

EL TABLERO EUROASIÁTICO

Para los Estados Unidos, Eurasia es la principal recompensa geopolítica. Durante medio milenio, los asuntos mundiales estuvieron dominados por las potencias y pueblos euroasiáticos que luchaban entre sí por el dominio regional y que aspiraban al poder global. En la actualidad, una potencia no euroasiática ostenta la preeminencia en Eurasia y la primacía global de los Estados Unidos depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente puedan mantener su preponderancia en el continente euroasiático.

Se trata, evidentemente, de una situación temporal. Pero su duración y lo que le siga es de importancia fundamental no sólo para el bienestar de los Estados Unidos sino para la paz mundial en general. El surgimiento repentino de la primera y única potencia global ha creado una situación en la que un igualmente rápido fin de su supremacía —ya sea debido a una retirada estadounidense del mundo o a la emergencia súbita de un rival triunfante— produciría una situación de inestabilidad internacional generalizada y llevaría a la anarquía global. El politólogo de Harvard Samuel P. Huntington ha afirmado audazmente y con razón que

un mundo sin la primacía estadounidense será un mundo con más violencia y desorden y con menos democracia y crecimiento económico que un mundo en el que los Estados Unidos sigan teniendo más influencia que cualquier otro país en la forma que tomen los asuntos globales. El mantenimiento de la primacía internacional de los Estados Unidos es esencial para el bienestar y la seguridad de los estadounidenses y para el futuro de la libertad, la democracia, las economías abiertas y el orden internacional en el mundo.¹

En este contexto, la manera en que los Estados Unidos «gestionen» Eurasia resulta crucial. Eurasia es el mayor continente del planeta y su eje geopolítico. La potencia que domine Eurasia podrá controlar dos de las tres regiones del mundo más avanzadas y económicamente más productivas. Un simple vistazo al mapa sugiere también que el control sobre Eurasia supondría, casi automáticamente, la subordinación de África, vol-

1. Samuel P. Huntington, «Why International Primacy Matters», *International Security* (primavera de 1993), pág. 83.

viendo geopolíticamente periféricas a las Américas y a Oceanía con respecto al continente central del mundo (véase el mapa de la página 41). Alrededor del 75 % de la población mundial vive en Eurasia y la mayor parte de la riqueza material se concentra también en ella, tanto en sus empresas como en su subsuelo. Eurasia es responsable de alrededor del 60 % del PNB del mundo y de alrededor de las tres cuartas partes de los recursos energéticos conocidos (véanse las tablas de las páginas 42-43).

Eurasia es también el lugar donde están situados la mayor parte de los Estados del mundo políticamente activos y dinámico. Después de los Estados Unidos, las siguientes seis economías más importantes y los siguientes seis países cuyos gastos en armamento militar son más elevados están localizados en Eurasia. Todas las potencias nucleares reconocidas excepto una y todas las encubiertas excepto una están situadas en Eurasia. Los dos aspirantes más poblados del mundo a la hegemonía regional y a la influencia global son euroasiáticos. Todos aquellos Estados potencialmente susceptibles de desafiar política y/o económicamente la supremacía estadounidense son euroasiáticos. El poder euroasiático acumulado supera con creces al estadounidense. Afortunadamente para los Estados Unidos, Eurasia es demasiado grande como para ser una unidad política.

Eurasia es, por lo tanto, el tablero en el que la lucha por la primacía sigue jugándose. Aunque la geoestrategia —la gestión estratégica de los intereses geopolíticos— puede ser comparada al ajedrez, en el tablero euroasiático, con su forma más o menos ovalada, juegan no sólo dos sino varios jugadores, cada uno de ellos con una cantidad de poder diferente. Los jugadores centrales están situados al oeste, al este, al centro y al sur del tablero. Tanto el extremo occidental como el extremo oriental del tablero contienen regiones densamente pobladas, organizadas en varios Estados poderosos sobre un espacio relativamente congestionado. En la pequeña periferia occidental de Eurasia el poder estadounidense se despliega directamente. El territorio del Lejano Oriente es el centro de un jugador cada vez más poderoso e independiente que controla una población enorme, mientras que el territorio de su enérgico rival —limitado a varias islas cercanas entre sí— y la mitad de una pequeña península del Lejano Oriente, proporcionan una base al poder estadounidense.

Extendido entre los extremos occidental y oriental hay un vasto espacio medio escasamente poblado que en la actualidad es políticamente inestable y que está fragmentado desde el punto de vista organizativo. Ese espacio estaba ocupado antes por un poderoso rival de los Estados Unidos y que amenazaba la preeminencia de éstos, un rival cuya meta era empujar a los Estados Unidos fuera de Eurasia. Al sur de esa gran meseta central euroasiática se encuentra una región políticamente anárquica pero

MAPA 2.1. El continente geopolíticamente central del mundo y sus periferias vitales

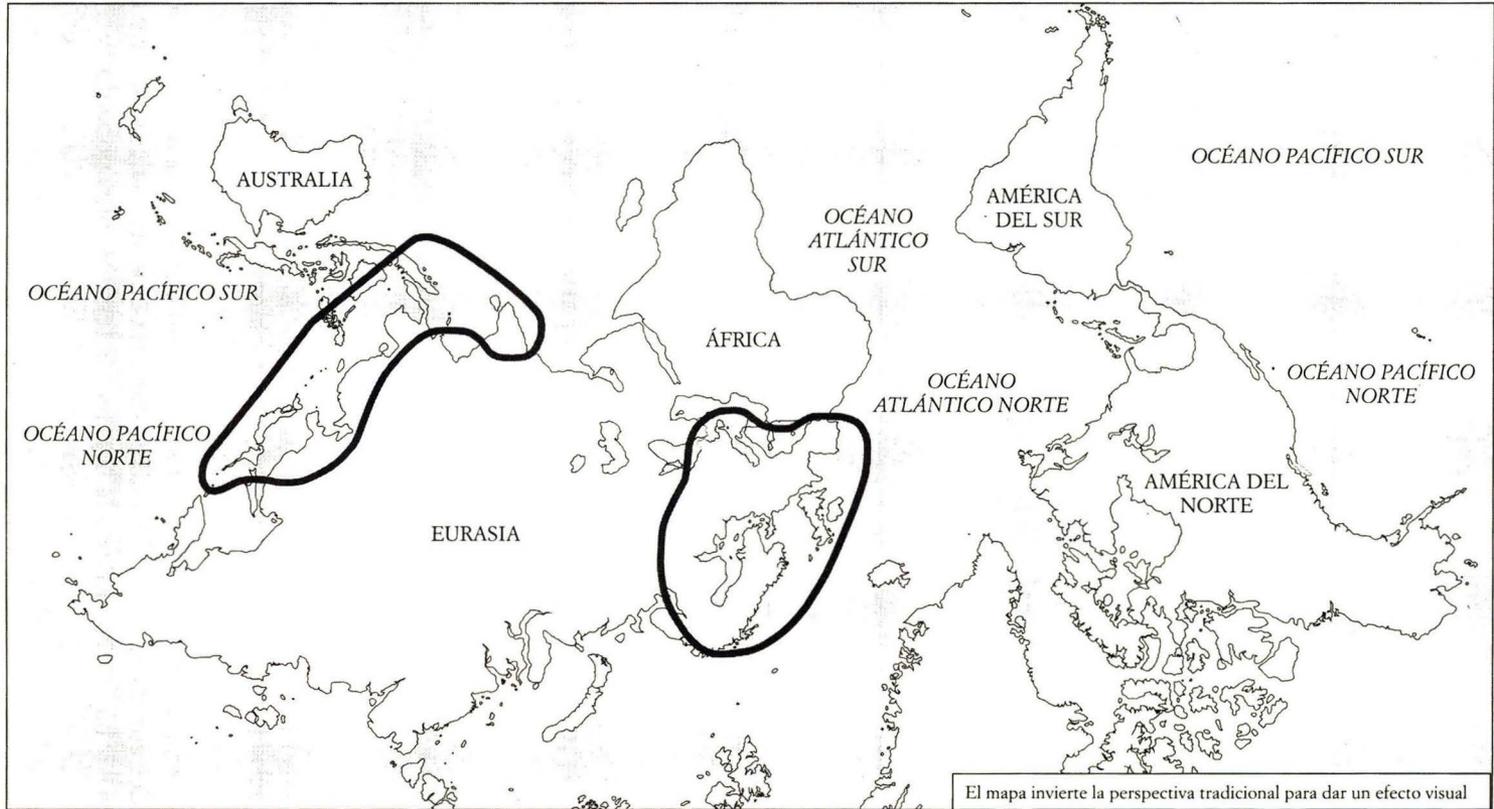


TABLA 2.1. Los continentes: área

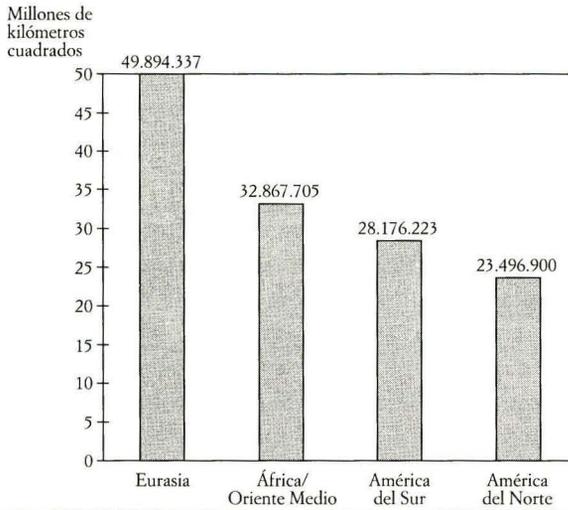
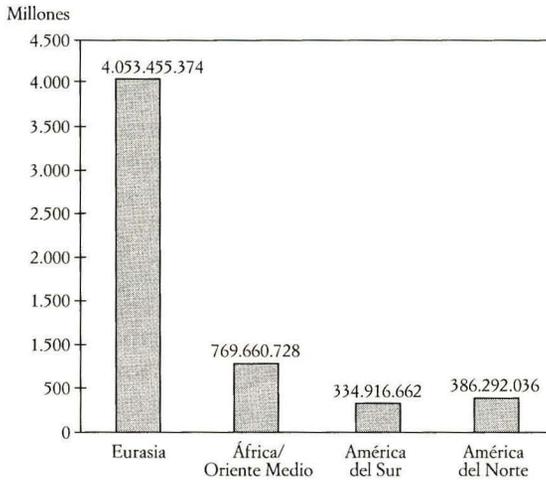


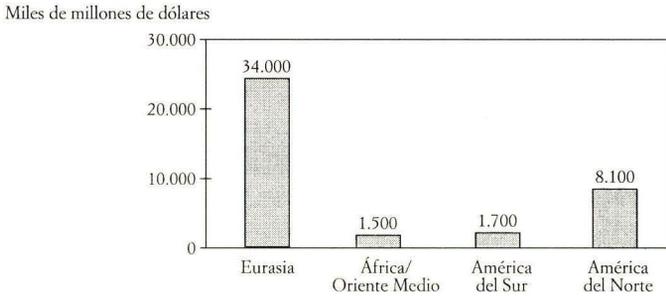
TABLA 2.2. Los continentes: población



rica en recursos energéticos que tiene gran importancia tanto para los Estados euroasiáticos occidentales como para los orientales y en cuyo extremo sur hay un aspirante a la hegemonía regional muy poblado.

Este amplio tablero euroasiático de forma extraña que se extiende desde Lisboa a Vladivostok proporciona el escenario para «el juego». Si

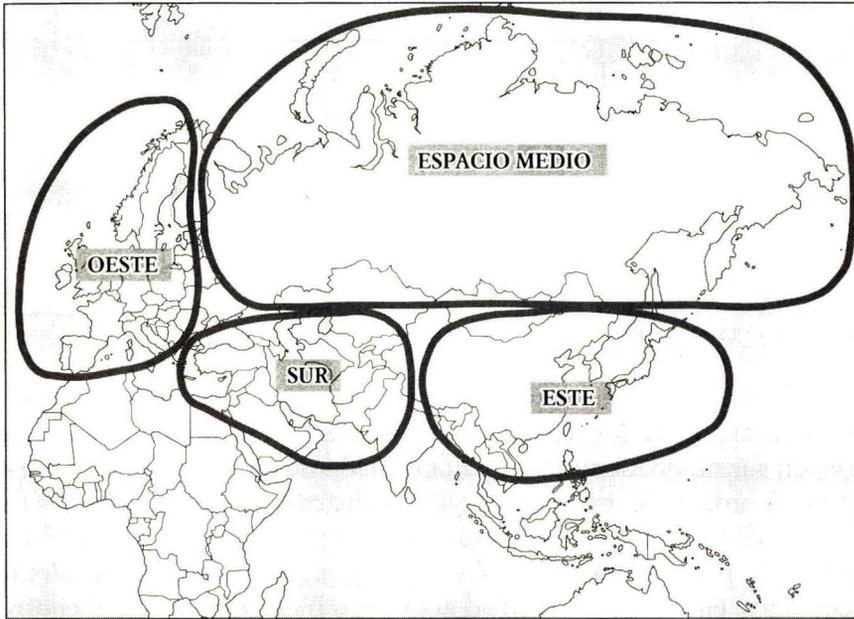
TABLA 2.3. Los continentes: PNB



el espacio medio es progresivamente empujado hacia la órbita en expansión del oeste (en la que los Estados Unidos tienen la preponderancia), si la región sur no queda sujeta a la dominación de un único jugador y si el este no se unifica de una manera que conduzca a la expulsión de los Estados Unidos de sus bases costeras, entonces puede decirse que los Estados Unidos prevalecerán. Pero si el espacio medio rechaza a Occidente, se convierte en una única entidad activa y, o bien se hace con el control del sur o establece una alianza con el principal actor oriental, entonces la primacía estadounidense en Eurasia se reduciría considerablemente. Lo mismo ocurriría si los dos principales jugadores orientales se unieran de alguna manera. Por último, el supuesto de que sus socios europeos expulsaran a los Estados Unidos de su base en la periferia occidental pondría fin, automáticamente, a la participación estadounidense en el juego sobre el tablero euroasiático, por más que ello llevaría también, probablemente, a la eventual subordinación del extremo occidental a un jugador revitalizado, que ocuparía el espacio medio.

El alcance de la hegemonía global estadounidense es ciertamente importante, pero su profundidad es escasa y está limitada por constricciones tanto domésticas como externas. La hegemonía estadounidense involucra el ejercicio de una influencia decisiva pero, a diferencia de los imperios del pasado, no de un control directo. El propio tamaño y la diversidad de Eurasia, así como el poder de algunos de sus Estados, limita la profundidad de la influencia estadounidense y el alcance de su control sobre el curso de los acontecimientos. Este megacontinente es sencillamente demasiado grande, demasiado poblado, demasiado variado en lo cultural y está compuesto de demasiados Estados históricamente ambiciosos y políticamente activos como para mostrarse dócil incluso ante la potencia global más próspera y de mayor preeminencia política. Esto otorga un gran valor a la habilidad geoestratégica y a un despliegue cuidadoso, selectivo

MAPA 2.2. El tablero euroasiático



y muy controlado de los recursos estadounidenses sobre el vasto tablero euroasiático.

También es cierto que los Estados Unidos son demasiado democráticos a nivel interno como para ser autocráticos en el exterior. Esto limita el uso del poder estadounidense, especialmente su capacidad de intimidación militar. Nunca antes una democracia populista había alcanzado la supremacía internacional. Pero la persecución del poder no es una meta que despierte las pasiones populares, salvo en el caso de que, de pronto, el bienestar doméstico se vea amenazado. Los esfuerzos económicos (es decir, el gasto en defensa) y los sacrificios humanos (las bajas, incluso las de soldados profesionales) necesarios son poco compatibles con los instintos democráticos. La democracia es contraria a la movilización imperial.

Además, la mayor parte de los estadounidenses no obtiene ninguna satisfacción especial de la nueva condición de su país de única superpotencia global. El «triumfalismo» político vinculado a la victoria estadounidense en la guerra fría ha sido recibido en general con frialdad y ha sido objeto de mofa por parte de los comentaristas de más amplias miras. De hecho, dos puntos de vista bastante divergentes sobre las implicaciones

para los Estados Unidos de su éxito histórico en la competición con la ex Unión Soviética han resultado políticamente más atractivos; por un lado, la opinión de que el fin de la guerra fría justifica una reducción significativa del compromiso global estadounidense, sin que importen las consecuencias que de ello se derive para la posición de los Estados Unidos en el mundo; por otro, hay quien considera que ha llegado el momento de establecer un mecanismo internacional genuinamente multilateral al que los Estados Unidos deberían incluso ceder parte de su soberanía. Ambos puntos de vista cuentan con sendos apoyos electorales.

Los dilemas a los que se enfrenta el liderazgo de los Estados Unidos se ven agravados por los cambios en el carácter de la propia situación global: el uso directo del poder tiende actualmente a sufrir mayores limitaciones que en el pasado. Las armas nucleares han reducido considerablemente la utilidad de la guerra como instrumento de la política o incluso como amenaza. La creciente interdependencia económica entre las naciones hace que la explotación política del chantaje económico sea menos efectiva. Por lo tanto las maniobras, la diplomacia, el establecimiento de coaliciones, la cooptación y el despliegue deliberado de los propios recursos políticos se han convertido en los ingredientes clave para ejercer con éxito el poder geoestratégico en el tablero euroasiático.

GEOPOLÍTICA Y GEOESTRATEGIA

El ejercicio de la primacía global estadounidense ha de ser sensible al hecho de que la geografía política sigue siendo un aspecto muy importante en los asuntos internacionales. Se dice que Napoleón afirmó cierta vez que conocer la geografía de una nación equivale a conocer su política exterior. Nuestra valoración de la importancia de la geografía política debe adaptarse, sin embargo, a las nuevas realidades del poder.

Durante casi toda la historia de los asuntos internacionales, el control territorial constituyó el foco de los conflictos políticos. La autosatisfacción por la adquisición de un mayor territorio y el sentimiento de carencia nacional por la pérdida de tierras «sagradas» han sido las causa de la mayor parte de las guerras más sangrientas que estallaron desde la ascensión del nacionalismo. No resulta exagerado afirmar que los imperativos territoriales han sido el principal impulso de los comportamientos agresivos de los Estados-naciones. También se construyeron imperios mediante la cuidadosa toma y mantenimiento de posesiones geográficas vitales, tales como Gibraltar, el canal de Suez o Singapur, que sirvieron como puntos de estrangulamiento o ejes en un sistema de control imperial.

La manifestación más extrema de la vinculación entre nacionalismo y posesión territorial está en los casos de la Alemania nazi y del Japón imperial. Los esfuerzos para construir el «Reich de los mil años» fueron mucho más allá del objetivo de reunir a todos los pueblos germanohablantes bajo un único techo político y se centraron también en el deseo de controlar «los graneros» de Ucrania, así como otros territorios eslavos, cuyas poblaciones serían las encargadas de proporcionar trabajo esclavo barato a la potencia imperial dominante. De manera similar, los japoneses estaban convencidos de que la posesión territorial de Manchuria, y más tarde del importante productor de petróleo que eran las Indias Orientales holandesas, era esencial para cumplir con la meta japonesa de aumentar el poder nacional y el estatus global. Igualmente, durante años, la definición de la grandeza nacional rusa se equiparó a la adquisición de territorios, e incluso a fines del siglo XX la insistencia rusa en mantener el control sobre un pueblo no ruso como el checheno, que vive en torno a un oleoducto de importancia vital, ha sido justificada con el argumento de que ese control es esencial para que Rusia mantenga su estatus de gran potencia.

Los Estados-naciones siguen siendo las unidades básicas del sistema mundial. Aunque el declive del nacionalismo de las grandes potencias y el desvanecimiento de la ideología hayan reducido el contenido emocional de la política global —al tiempo que las armas nucleares introdujeron importantes restricciones en el uso de la fuerza—, la competencia basada en la territorialidad sigue dominando los asuntos mundiales, por más que actualmente sus formas tiendan a ser más civilizadas. En esa competencia, la situación geográfica sigue siendo el punto de partida para la definición de las prioridades externas de los Estados-naciones y el tamaño del territorio nacional sigue siendo también uno de los principales indicadores de estatus y poder.

Sin embargo, para la mayor parte de los Estados-naciones, la importancia del tema de la posesión territorial ha disminuido. Aunque las disputas territoriales siguen siendo importantes en la configuración de la política exterior de algunos Estados, están más relacionadas con temas como los resentimientos causados por la negación de autodeterminación a los hermanos étnicos cuyos derechos a unirse a la «madre patria» se consideran violentados o las quejas sobre supuestos malos tratos a las minorías étnicas por parte de algún país vecino que a una búsqueda de un estatus nacional superior mediante la ampliación territorial.

Las élites nacionales gobernantes han ido reconociendo cada vez más que existen factores diferentes a los territoriales que son más cruciales en la determinación del estatus internacional de un Estado o del grado de su influencia internacional. La habilidad económica y su traducción en innovación tecnológica pueden ser también criterios clave en

la determinación del poder. Japón es el máximo ejemplo de ello. No obstante, la situación geográfica tiende aún a determinar las prioridades inmediatas de un Estado, y cuanto mayor sea su poder militar, económico y político, mayor será el radio, más allá del territorio de sus vecinos inmediatos, de los intereses geopolíticos vitales, de la influencia y de la participación de ese Estado.

Hasta hace poco, los principales analistas de la geopolítica debatían si el poder terrestre era más significativo que el poder marítimo y qué región específica de Eurasia es vital para obtener el control sobre todo el continente. Uno de los más destacados, Harold Mackinder, inició la discusión a principios de este siglo con sus conceptos sucesivos sobre el «área pivote» euroasiática (que incluía toda Siberia y gran parte de Asia Central) y, más tarde, del *heartland* (zona central) europeo centro-oriental como el trampolín vital para la obtención del dominio continental. Mackinder popularizó su concepto de *heartland* a través de una célebre máxima:

Quien gobierne Europa Central dominará el *heartland*;
 quien gobierne el *heartland* dominará la isla mundial;
 quien gobierne la isla mundial dominará el mundo.

Algunos de los principales geógrafos políticos alemanes recurrieron también a la geopolítica para justificar el *Drang nach Osten* de su país, especialmente mediante la adaptación, realizada por Karl Haushofer, de las concepciones de Mackinder a las necesidades estratégicas de Alemania. Un eco muy vulgarizado de las mismas se pudo oír también en el hincapié que hizo Adolf Hitler en la necesidad de un *Lebensraum* para el pueblo alemán. Otros pensadores europeos de la primera mitad de este siglo predijeron un desplazamiento hacia el este del centro de gravedad geopolítica, afirmando que la región del Pacífico —y, en concreto, los Estados Unidos y Japón— se convertirían en los posibles herederos del declinante dominio europeo. Para impedir ese desplazamiento, el geógrafo político Paul Demangeon, así como otros geopolíticos franceses, abogaron por una mayor unidad entre los Estados europeos incluso antes de la Segunda Guerra Mundial.

En la actualidad, la principal cuestión geopolítica ya no es la de qué parte de la geografía de Eurasia es el punto de partida para el dominio continental, ni tampoco la cuestión de si el poder terrestre es más significativo que el poder marítimo. La geopolítica se ha desplazado desde la dimensión regional a la global, considerando que la preponderancia sobre todo el continente euroasiático es la base central de la primacía global. Los Estados Unidos, una potencia no euroasiática, disfrutan actualmente

de la primacía internacional, y su poder se despliega directamente sobre tres de las periferias del continente euroasiático, a partir de las cuales ejerce una poderosa influencia sobre los Estados que ocupan el *hinterland* euroasiático. Pero en el campo de juego más importante del planeta —Eurasia— es donde podría surgir, en un momento dado, un rival potencial de los Estados Unidos. Por lo tanto, el punto de partida para la formulación de la geoestrategia estadounidense para la gestión a largo plazo de los intereses geopolíticos estadounidenses en Eurasia debe centrarse en los jugadores clave y en una adecuada evaluación del terreno.

Para ello es necesario dar dos pasos básicos:

- primero, identificar a los Estados euroasiáticos geoestratégicamente dinámicos que tienen la capacidad de causar un desplazamiento potencialmente importante en la distribución internacional del poder y descifrar las metas externas centrales de sus respectivas élites políticas, así como las consecuencias probables de sus intentos de alcanzarlas; y localizar a los Estados euroasiáticos clave desde el punto de vista geopolítico cuya situación y/o existencia tenga efectos catalíticos bien en los jugadores geoestratégicos más activos, bien en las condiciones regionales;
- segundo, formular políticas específicas estadounidenses para desviar, cooptar y/o controlar a esos Estados, para preservar y promover los intereses vitales estadounidenses, y conceptualizar una geoestrategia más extensa que establezca a escala global la interconexión entre las políticas estadounidenses más específicas.

En pocas palabras, la geoestrategia euroasiática de los Estados Unidos debe incluir un control resuelto de los Estados dinámicos desde el punto de vista geoestratégico y una cuidadosa gestión de los Estados catalíticos desde el punto de vista geopolítico, de acuerdo con los intereses gemelos de los Estados Unidos de preservar a corto plazo su poder global único y transformarlo a largo plazo en una cooperación global cada vez más institucionalizada. Para usar una terminología propia de la era más brutal de los antiguos imperios, los tres grandes imperativos de la geoestrategia imperial son los de impedir choques entre los vasallos y mantener su dependencia en términos de seguridad, mantener a los tributarios obedientes y protegidos e impedir la unión de los bárbaros.

JUGADORES GEOESTRATÉGICOS Y PIVOTES GEOPOLÍTICOS

Los jugadores geoestratégicos activos son los Estados con capacidad y voluntad nacional de ejercer poder o influencia más allá de sus fronte-

ras para alterar —en una medida capaz de afectar a los intereses estadounidenses— el estado actual de las cuestiones geopolíticas. Estos Estados tienen el potencial y/o la predisposición para actuar con volubilidad en el terreno geopolítico. Por alguna razón —la búsqueda de grandeza nacional, el cumplimiento de ciertos objetivos ideológicos, el mesianismo político o el engrandecimiento económico— algunos Estados intentan alcanzar una posición de dominio regional o de importancia global. Son empujados por motivaciones profundamente arraigadas y complejas, muy bien explicadas por esta frase de Robert Browning: «...las aspiraciones de un hombre deberían superar sus posibilidades, o ¿para qué hay un paraíso?». Así, pues, estos Estados evalúan cuidadosamente el poder estadounidense, determinan la medida en la que sus intereses se solapan o colisionan con los de Estados Unidos y dan forma a sus propios —y más limitados— objetivos euroasiáticos, a veces en connivencia pero otras veces en conflicto con las políticas estadounidenses. Los Estados Unidos deben prestar una atención especial a los Estados euroasiáticos movidos por este tipo de motivaciones.

Los pivotes geopolíticos son los Estados cuya importancia se deriva no de su poder y de sus motivaciones sino más bien de su situación geográfica sensible y de las consecuencias que su condición de potencial vulnerabilidad provoca en el comportamiento de los jugadores geoestratégicos. Muy a menudo, los pivotes geopolíticos están determinados por su geografía, que en algunos casos les da un papel especial, ya sea el de definir las condiciones de acceso de un jugador significativo a áreas importantes o el de negarle ciertos recursos. En algunos casos, un pivote geopolítico puede actuar como un escudo defensivo para un Estado vital o incluso para una región. Algunas veces, puede decirse que la propia existencia de un pivote geopolítico tiene consecuencias políticas y culturales muy significativas para un jugador geoestratégico vecino más activo. Identificar y proteger a los pivotes geopolíticos euroasiáticos clave de la posguerra fría es también, por lo tanto, un aspecto crucial para la geoestrategia global estadounidense.

También debe tenerse en cuenta desde un principio que, aunque todos los jugadores geoestratégicos tienden a ser países importantes y poderosos, no todos los países importantes y poderosos son automáticamente jugadores estratégicos. Así, pues, mientras que resulta relativamente sencillo identificar a los jugadores geoestratégicos, la omisión en la lista que sigue de algunos países de importancia evidente puede requerir una mayor justificación.

En las circunstancias globales actuales, al menos cinco jugadores geoestratégicos clave y cinco pivotes geopolíticos (de los que dos podrían quizás también considerarse en cierto modo como jugadores) pueden ser

identificados en el nuevo mapa político de Eurasia. Francia, Alemania, Rusia, China e India son jugadores principales y activos, mientras que Gran Bretaña, Japón e Indonesia, que sin duda son países muy importantes, no pueden ser considerados como tales. Ucrania, Azerbaiyán, Corea del Sur, Turquía e Irán desempeñan el papel de pivotes geopolíticos extremadamente importantes, aunque tanto Turquía como Irán son, en alguna medida —dentro de sus capacidades más limitadas— también activos desde el punto de vista geoestratégico. En los capítulos siguientes se dirá más sobre cada uno de ellos.

Por el momento, basta decir que, en el extremo occidental de Eurasia, los jugadores geoestratégicos clave y dinámicos son Francia y Alemania. Ambos comparten el objetivo de una Europa unida, aunque difieren acerca de cómo y en que medida esa Europa debería permanecer vinculada a los Estados Unidos. Pero ambos quieren dar forma a un proyecto nuevo y ambicioso en Europa, alterando, por lo tanto, el *statu quo*. Francia, en particular, tiene su propia concepción geoestratégica de Europa, una concepción que difiere, en algunos aspectos significativos, de la de Estados Unidos, y está dispuesta a emprender maniobras tácticas con el fin de poner a Rusia contra Estados Unidos y a Gran Bretaña contra Alemania, sin dejar de apoyarse en la alianza francoalemana para compensar su propia debilidad relativa.

Además, tanto Francia como Alemania son lo suficientemente poderosas y activas como para ejercer influencia dentro de un radio regional más amplio. Francia no sólo busca un papel político central en una Europa unificada sino que también se considera como el núcleo de un grupo de Estados mediterráneos y norteafricanos que comparten intereses comunes. Alemania es cada vez más consciente de su estatus especial de Estado más importante de Europa en tanto que locomotora económica del área y líder emergente de la Unión Europea (UE). Alemania siente que tiene una responsabilidad especial para con la recientemente emancipada Europa Central, de una manera que recuerda vagamente las viejas nociones de una *Mitteleuropa* liderada por Alemania. Además, tanto Francia como Alemania se consideran a sí mismas con derecho a representar los intereses europeos en los tratos con Rusia, y Alemania tiene incluso, a causa de su situación geográfica —al menos en teoría—, la importante posibilidad de llegar a un acuerdo bilateral especial con Rusia.

En cambio, Gran Bretaña no es un jugador geoestratégico. Sus alternativas principales son menos numerosas, no tiene una visión ambiciosa del futuro de Europa y su declive relativo ha reducido también su capacidad de desempeñar el papel tradicional de «fiel de la balanza» europeo. Su ambivalencia con respecto a la unificación europea y su apego a una decadente relación especial con Estados Unidos han hecho que el papel

de Gran Bretaña sea cada vez más irrelevante en lo que respecta a las principales opciones del futuro de Europa. En gran medida, Londres se ha autoexcluido del juego europeo.

Sir Roy Denman, un ex alto funcionario británico de la Comisión Europea, recuerda en sus memorias que ya en la conferencia de Messina de 1955, que anticipó la formación de una Unión Europea, el portavoz oficial británico afirmó sin ambages a los aspirantes a arquitectos de Europa allí reunidos:

No hay ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo sobre el futuro tratado que están ustedes discutiendo; en caso de llegarse a un acuerdo, no hay ninguna posibilidad de que el tratado sea aplicado. Y en caso de aplicarse, sería totalmente inaceptable para Gran Bretaña... *au revoir et bonne chance*.²

Más de cuarenta años más tarde, esas palabras siguen siendo la definición esencial de la actitud británica básica hacia la construcción de una Europa genuinamente unida. Las reticencias británicas en cuanto a participar en la Unión Económica y Monetaria, que según el calendario establecido entrará en vigor en enero de 1999, reflejan la falta de disposición del país para identificar el destino británico con el europeo. La esencia de esa actitud fue bien resumida a principios de los noventa de la siguiente manera:

- Gran Bretaña rechaza la meta de unificación política.
- Gran Bretaña es favorable a un modelo de integración económica basado en el libre comercio.
- Gran Bretaña prefiere una coordinación en política exterior, seguridad y defensa fuera del marco de la CE [Comunidad Europea].
- Gran Bretaña no ha maximizado casi nunca su influencia dentro de la CE.³

No cabe duda de que Gran Bretaña sigue siendo importante para los Estados Unidos. Sigue contando con cierto grado de influencia global en la *Commonwealth*, pero no es ni una potencia principal inquieta ni está motivada por ideas ambiciosas. Es el apoyo clave de los Estados Unidos, un aliado muy leal, una base militar vital y un socio muy próximo en actividades de inteligencia de máxima importancia. Es necesario alimentar su amistad pero sus políticas no requieren una atención continua. Es un ju-

2. Roy Denman, *Missed Chances*, Londres, Cassell, 1996.

3. En la contribución de Robert Skidelsky titulada «Great Britain and the New Europe», en David P. Calleo y Philip H. Gordon (comps.), *From the Atlantic to the Urals*, Arlington (Virginia), 1992, pág. 145.

gador geoestratégico jubilado que descansa en sus espléndidos laureles y que está bastante poco comprometido con la gran aventura europea de la que Francia y Alemania son los principales actores.

Los demás Estados europeos de tamaño medio, la mayoría de los cuales son miembros de la OTAN y/o de la Unión Europea, o bien siguen el liderazgo estadounidense, o bien se alinean tranquilamente detrás de Alemania o de Francia. Sus políticas no tienen un impacto regional más amplio y no están en posición de alterar sus alineamientos básicos. En la etapa actual no son ni jugadores geoestratégicos ni pivotes geopolíticos. Lo mismo ocurre con el Estado centroeuropeo que más posibilidades tiene de convertirse en miembro de la OTAN y de la UE, es decir, Polonia. Polonia es demasiado débil como para ser un jugador geoestratégico y sólo tiene una posibilidad: la de integrarse a Occidente. Además, la desaparición del viejo Imperio Ruso y los profundos vínculos de Polonia con la Alianza Atlántica y con la Europa emergente le proporcionan una seguridad cada vez mayor y sin precedentes, al tiempo que limitan sus opciones estratégicas.

No hace falta decir que Rusia sigue siendo uno de los principales jugadores estratégicos, pese al estado de debilidad en que se encuentra y a una situación de malestar que probablemente se prolongará. Su propia presencia ejerce un impacto enorme sobre los Estados recientemente independizados dentro del vasto espacio euroasiático de la ex Unión Soviética. Mantiene unos objetivos geopolíticos ambiciosos y los proclama cada vez más abiertamente. Una vez que recupere sus fuerzas, también ejercerá un impacto significativo sobre sus vecinos occidentales y orientales. Además, Rusia no ha hecho aún su elección geoestratégica fundamental en lo referente a su relación con los Estados Unidos: ¿es amiga o enemiga? Es muy posible que sienta que en ese punto se centran sus alternativas fundamentales en el continente euroasiático. En gran medida, éstas dependen de la evolución de su política interna y especialmente en la cuestión de si Rusia se convertirá en una democracia europea o en un imperio euroasiático. En cualquier caso, está claro que sigue siendo un jugador, pese a que haya perdido algunas de sus «piezas», así como algunos espacios clave en el tablero euroasiático.

De manera similar, la afirmación de que China es uno de los jugadores principales no requiere demasiada argumentación. China ya es un poder regional significativo y susceptible de albergar mayores aspiraciones, dada su historia como potencia importante y su concepción del Estado chino como el centro del mundo. Las opciones que China está ejerciendo ya empiezan a afectar a la distribución geopolítica del poder en Asia, mientras que su ímpetu económico le dará un mayor poder material e incrementará sus ambiciones. El ascenso de una «Gran China» no dejará

inactiva la cuestión de Taiwan, y ello influirá inevitablemente en la posición estadounidense en el Lejano Oriente. El desmantelamiento de la Unión Soviética ha creado también, en el extremo occidental de China, una serie de Estados respecto a los cuales los líderes chinos no pueden mantenerse indiferentes. Así, pues, Rusia resultará también muy afectada por la emergencia de una China más activa en la escena mundial.

La periferia oriental de Eurasia plantea una paradoja. Japón es, evidentemente, una de las principales potencias en los asuntos mundiales, y la alianza EE.UU.-Japón ha sido definida a menudo —correctamente— como la relación bilateral más importante para los Estados Unidos. En tanto que una de las primerísimas potencias económicas del mundo, Japón posee, sin lugar a dudas, el potencial necesario para ejercer un poder político de primera clase. Sin embargo no lo hace, prefiriendo evitar la tentación de ejercer un dominio regional y actuando, en lugar de ello, bajo la protección estadounidense. Igual que Gran Bretaña en el caso de Europa, Japón prefiere no comprometerse en la política del continente asiático, aunque en parte esto se explica por la persistente hostilidad de muchos países asiáticos hacia un eventual intento japonés de ejercer un papel político regional preeminente.

Este perfil político japonés de autocontrol permite, a su vez, que los Estados Unidos desempeñen un papel central en materia de seguridad en el Lejano Oriente. Japón, por lo tanto, no es un jugador geoestratégico, aunque su evidente potencial para convertirse rápidamente en uno —especialmente si China o Estados Unidos alteraran repentinamente sus actuales políticas— impone a los Estados Unidos la obligación especial de alimentar cuidadosamente la relación bilateral con Japón. Los Estados Unidos no tienen por qué controlar la política exterior japonesa, pero sí deben cultivar muy sutilmente el autocontrol japonés. Cualquier reducción significativa de los vínculos políticos entre los Estados Unidos y Japón ejercería un impacto directo sobre la estabilidad de la región.

Es más fácil argumentar los motivos por los cuales Indonesia queda fuera de la lista de los jugadores dinámicos desde el punto de vista geoestratégico. Indonesia es el país más importante del sudeste asiático, pero su capacidad para proyectar una influencia significativa —incluso a nivel regional— está limitada por el estado relativamente subdesarrollado de la economía indonesia, por sus continuas incertidumbres políticas internas, por la dispersión de su archipiélago y por su vulnerabilidad a los conflictos étnicos, exacerbada por el papel central que ejerce la minoría china en sus asuntos financieros internos. En algún momento Indonesia podría convertirse en un obstáculo importante a las aspiraciones chinas con respecto al sur. Esa eventualidad ha sido reconocida por Australia, que alguna vez se mostró temerosa ante el expansionismo indonesio pero que

recientemente empezó a cultivar una cooperación más estrecha en materia de seguridad con Indonesia. Sin embargo, hace falta un período de consolidación política y de éxito económico continuado para que Indonesia pueda ser considerada como el actor dominante a nivel regional.

En cambio, la India está en vías de establecerse como una potencia regional y se considera a sí misma un jugador global principal en potencia. También se ve a sí misma como rival de China. Ello puede ser una cuestión de sobrestimación de sus propias capacidades a largo plazo, pero la India es, sin lugar a dudas, el Estado más poderoso del sur de Asia, con una hegemonía regional de envergadura. Es también una potencia nuclear semisecreta, algo que se esforzó en ser no sólo para intimidar a Paquistán sino especialmente para equilibrar la posesión de un arsenal nuclear por parte de China. La India tiene una concepción geoestratégica de su papel regional, tanto con respecto a sus vecinos como en el océano Índico. Sin embargo, en el momento actual sus ambiciones sólo estorban a los intereses estadounidenses en Eurasia de una manera muy periférica, por lo que no constituye, como jugador geoestratégico, una fuente de preocupaciones geopolíticas, al menos en el mismo grado que Rusia o China.

Ucrania, un espacio nuevo e importante sobre el tablero euroasiático, es un pivote geopolítico porque su propia existencia como país independiente ayuda a transformar a Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático. Una Rusia sin Ucrania podría competir por un estatus imperial, pero se convertiría en un Estado imperial predominantemente asiático, más susceptible de ser arrastrado a extenuadores conflictos con los países del Asia Central recientemente salidos de su letargo. En ese caso, estos países estarían resentidos por la pérdida de su reciente independencia y recibirían apoyo de los demás Estados islámicos del sur. También sería probable que China se opusiera a cualquier restauración del dominio ruso sobre Asia Central, dado su creciente interés en los Estados recientemente independizados de la región. Sin embargo, si Moscú vuelve a hacerse con el control de Ucrania, con sus 52 millones de habitantes y sus importantes recursos, además del acceso al mar Negro, Rusia volverá a contar automáticamente con los suficientes recursos como para convertirse en un poderoso Estado imperial, por encima de Europa y Asia. La pérdida de independencia de Ucrania tendría consecuencias inmediatas para Europa Central, al transformar a Polonia en el pivote geopolítico de la frontera oriental de una Europa unida.

Pese a su tamaño limitado y escasa población, Azerbaiyán, con sus vastos recursos energéticos, es también enormemente importante desde el punto de vista geopolítico. Es el corcho de la botella que contiene las riquezas de la cuenca del mar Caspio y de Asia Central. La independencia

de los Estados de Asia Central puede carecer casi por completo el sentido si Azerbaiyán queda completamente subordinado al control de Moscú. Los muy importantes recursos petrolíferos de Azerbaiyán también podrían quedar sometidos al control ruso, una vez anulada la independencia de Azerbaiyán. Un Azerbaiyán independiente, vinculado a los mercados occidentales a través de oleoductos que no atravesaran territorios controlados por Rusia, se convertiría en una importante vía para que las economías avanzadas y consumidoras de energía accedieran a las repúblicas ricas en energía de Asia Central. Casi en la misma medida que en el caso de Ucrania, el futuro de Azerbaiyán y de Asia Central resultan también cruciales para definir aquello en lo que Rusia podría o no convertirse.

Turquía e Irán pretenden alcanzar cierta influencia en la región del mar Caspio-Asia Central explotando el retraimiento del poder ruso. De ahí que podría considerárseles jugadores geoestratégicos. Sin embargo, ambos Estados se enfrentan a serias dificultades domésticas y su capacidad para efectuar desplazamientos regionales significativos en la distribución del poder es limitada. Son además rivales, por lo que cada uno tiende a negar la influencia del otro. En Azerbaiyán, por ejemplo, donde Turquía ha alcanzado un papel influyente, la postura iraní (que proviene del temor que suscita en Irán el desarrollo de unas eventuales inquietudes nacionales azeríes dentro de sus propias fronteras) ha sido de una mayor colaboración hacia Rusia.

Sin embargo, tanto Turquía como Irán son, sobre todo, importantes pivotes geopolíticos. Turquía estabiliza la región del mar Negro, controla el acceso a ella desde el mar Mediterráneo, equilibra a Rusia en el Cáucaso, sigue ofreciendo aún un antídoto contra el fundamentalismo musulmán y es el pilar sur de la OTAN. Una Turquía desestabilizada sería susceptible de provocar una mayor violencia en el sur de los Balcanes, facilitando al mismo tiempo la reimposición del control ruso sobre los Estados recientemente independizados del Cáucaso. De manera similar Irán, pese a la ambigüedad de su actitud hacia Azerbaiyán, brinda un apoyo estabilizador en el marco de la nueva diversidad política de Asia Central. Irán domina la costa oriental del golfo Pérsico, al tiempo que su independencia constituye una barrera contra cualquier amenaza rusa a largo plazo contra los intereses estadounidenses en la región del golfo Pérsico, pese a la actual hostilidad iraní hacia los Estados Unidos.

Por último, Corea del Sur es un pivote geopolítico del Lejano Oriente. Sus estrechos vínculos con los Estados Unidos permiten a éstos proteger a Japón y, por lo tanto, impedir que se convierta en una gran potencia militar sin necesidad de una abrumadora presencia estadounidense en el propio Japón. Cualquier cambio significativo en la si-

tuación de Corea del Sur, ya sea mediante la unificación y/o mediante un desplazamiento hacia una esfera de influencia china en expansión, alteraría necesariamente de manera crucial el papel de los Estados Unidos en el Lejano Oriente, modificando por lo tanto también el de Japón. Además, el creciente poder económico de Corea del Sur la convierte en un «espacio» más importante por derecho propio, por lo que controlarla es cada vez más vital.

Esta lista de jugadores geoestratégicos y pivotes geopolíticos no es ni permanente ni fija. En el futuro, algunos Estados podrían añadirse o excluirse de ella. Es muy cierto que existen argumentos a favor de la incorporación a la lista de Taiwan o Tailandia o Paquistán, o quizás Kazajistán o Uzbekistán, en la categoría de pivotes geopolíticos. Sin embargo, en el momento actual no puede afirmarse de manera decisiva que ninguno de ellos lo sea. Aunque un cambio en el estatus de cualquiera de ellos daría lugar a acontecimientos significativos y provocaría algunos desplazamientos en la distribución del poder, es dudoso que las consecuencias catalíticas de ello fuesen de largo alcance. La única excepción podría ser la de la cuestión de Taiwan, si se la considera independientemente de China. Incluso así, esa cuestión se suscitara sólo si China usara la fuerza en una medida importante para conquistar la isla, desafiando con éxito a los Estados Unidos y por lo tanto amenazando la credibilidad política general de los Estados Unidos en el Lejano Oriente. Las probabilidades de que algo así suceda parecen bajas, pero es algo que debe tenerse en cuenta en el momento de elaborar la política estadounidense hacia China.

OPCIONES FUNDAMENTALES Y RETOS POTENCIALES

La identificación de los jugadores centrales y de los pivotes clave ayuda a definir los grandes dilemas políticos de los Estados Unidos y a anticipar los principales desafíos en el supercontinente euroasiático. Éstos pueden resumirse, antes de proceder a una discusión más extensa en los próximos capítulos, en cinco grandes temas:

- ¿Qué clase de Europa deberían preferir —y por lo tanto promover— los Estados Unidos?
- ¿Qué tipo de Rusia interesa a los Estados Unidos? ¿Cómo y en qué medida pueden actuar los Estados Unidos al respecto?
- ¿Cuáles son las perspectivas de que en Asia Central surjan unos nuevos «Balcanes» y qué deberían hacer los Estados Unidos para minimizar los riesgos resultantes?

- ¿Hacia qué papel en el Lejano Oriente debe impulsarse a China? ¿Cuáles serían las implicaciones de ello, no sólo para los Estados Unidos sino también para Japón?
- ¿Qué nuevas coaliciones euroasiáticas —que podrían resultar muy peligrosas para los intereses estadounidenses— podrían surgir? ¿Qué debe hacerse para impedir su formación?

Los Estados Unidos siempre han asegurado su fidelidad a la causa de una Europa unida. Desde los tiempos de la administración Kennedy se ha defendido siempre una «asociación igualitaria». De manera coherente con ello, Washington ha proclamado oficialmente su deseo de que Europa se convierta en una entidad única y lo suficientemente poderosa como para compartir con Estados Unidos tanto las responsabilidades como las cargas del liderazgo global.

Ésa ha sido la retórica oficial sobre el tema. Pero en la práctica, los Estados Unidos han sido menos claros y menos coherentes. ¿Realmente desea Washington una Europa que sea un socio igualitario en los asuntos mundiales o prefiere una alianza desigual? Por ejemplo, ¿están los Estados Unidos dispuestos a compartir el liderazgo con Europa en Oriente Próximo, una región que no sólo está mucho más cerca en términos geográficos de Europa que de Estados Unidos sino que es también una región en la que varios Estados europeos tienen antiguos intereses? La cuestión de Israel viene a la mente al instante. Las diferencias entre los Estados Unidos y Europa sobre Irán e Irak también han sido tratadas por los Estados Unidos no como un tema entre iguales sino como un problema de insubordinación.

La ambigüedad del grado de apoyo estadounidense a la unidad europea también se extiende a la cuestión de cómo ha de ser definida la unidad europea, y especialmente a la de qué país debería asumir el liderazgo de una Europa unida, si es que alguno debiera hacerlo. Washington no ha intentado evitar que Londres mantenga una postura contraria a la integración europea, aunque ha demostrado tener una clara preferencia por el liderazgo alemán —más que por el francés— de Europa. Ello es comprensible, dadas las tradicionales arremetidas de la política francesa, pero esa preferencia ha tenido también el efecto de fomentar la aparición ocasional de una alianza táctica franco-británica para frustrar los planes de Alemania, así como un periódico coqueteo francés con Moscú para debilitar a la coalición entre los Estados Unidos y Alemania.

El surgimiento de una Europa realmente unida —especialmente si recibiera un apoyo constructivo estadounidense— requerirá unos cambios significativos en la estructura y los procesos de la Alianza Atlántica, el principal vínculo entre Estados Unidos y Europa. La OTAN propor-

ciona no sólo los principales mecanismos para el ejercicio de la influencia estadounidense en los problemas europeos sino también la base de la presencia militar estadounidense, políticamente crucial, en Europa Occidental. Sin embargo, la unidad europea requerirá que esa estructura se ajuste a la nueva realidad de una alianza basada en dos socios más o menos igualitarios, en lugar de una alianza que, para usar la terminología tradicional, involucra básicamente a una potencia hegemónica y a sus vasallos. Esa cuestión ha sido en gran medida evitada, pese a los modestos pasos dados en 1996 para realzar dentro de la OTAN el papel de la Unión Europea Occidental (UEO), la coalición militar de los países europeo-occidentales. Una opción real en favor de una Europa unida obligará, por lo tanto, a una reestructuración de largo alcance de la OTAN y reducirá inevitablemente la primacía estadounidense dentro de la alianza.

En pocas palabras, una geoestrategia estadounidense de largo alcance para Europa tendrá que considerar explícitamente los temas de la unidad europea y del establecimiento de una asociación real con Europa. Unos Estados Unidos que realmente deseen una Europa unida y por lo tanto también más independiente tendrán que dar todo su apoyo a aquellas fuerzas europeas que están genuinamente comprometidas con la integración política y económica de Europa. Tal estrategia implicará también acabar con los últimos vestigios de la antiguamente venerada relación especial entre Estados Unidos y el Reino Unido.

Una política favorable a una Europa unida llevará también a considerar —aunque de manera conjunta con los europeos— la cuestión, considerablemente sensible, del alcance geográfico de Europa. ¿Hasta dónde debería llegar la ampliación hacia el este de la Unión Europea? Y ¿deberían coincidir los límites orientales de la UE con la frontera oriental de la OTAN? Lo primero es más una cuestión que debe decidirse a nivel europeo, pero una decisión europea sobre ese tema tendrá implicaciones directas sobre una decisión de la OTAN. Esta última organización, empero, compromete a los Estados Unidos, y el voto estadounidense en la OTAN sigue siendo decisivo. Dado el creciente consenso sobre lo deseable de admitir a las naciones centroeuropeas tanto en la UE como en la OTAN, el significado práctico de esta cuestión hace que la atención se centre en el futuro estatus de las repúblicas bálticas y quizás también en el de Ucrania.

Existe, por lo tanto, un importante solapamiento entre el dilema europeo que se acaba de discutir y el segundo, que implica a Rusia. Resulta sencillo responder a la pregunta sobre el futuro de Rusia expresando una preferencia por una Rusia democrática y estrechamente vinculada a Europa. Presumiblemente, una Rusia democrática sería más favorable a los valores compartidos por Estados Unidos y Europa y, por lo tanto, sería

más factible que se convirtiera en un socio menor en la empresa de dar forma a una Eurasia más estable y cooperativa. Pero las ambiciones de Rusia pueden ir más allá de la obtención de reconocimiento y respeto como democracia. Dentro del *establishment* de la política exterior rusa (compuesto en gran medida por ex funcionarios soviéticos) sigue existiendo un deseo profundamente arraigado de que Rusia ostente un papel especial en Eurasia, un papel que entrañaría, consecuentemente, la subordinación a Moscú de los Estados possoviéticos recientemente independizados.

En ese contexto, incluso una política occidental amigable es percibida por algunos influyentes miembros de la comunidad de decisores políticos rusos como diseñada para negar a Rusia sus legítimas pretensiones de obtener un estatus global. Como sostienen dos geopolíticos rusos:

Los Estados Unidos y los países de la OTAN —de una manera firme y consistente, aunque tratando de no herir, en la medida de lo posible, la autoestima rusa— están destruyendo las bases geopolíticas que podrían permitir, al menos en teoría, que Rusia aspirara a adquirir el estatus de segunda potencia en política mundial que tenía la Unión Soviética.

Asimismo, los Estados Unidos estarían llevando a cabo una política en la que

la nueva organización del espacio europeo que está siendo ideada por Occidente está, en esencia, construida a partir de la idea de apoyar, en esta parte del mundo, a Estados nacionales nuevos, relativamente pequeños y débiles, mediante su acercamiento más o menos estrecho a la OTAN, la CE, etc.⁴

Estas citas definen bien —aunque con cierta animosidad— el dilema al que los Estados Unidos se enfrentan. ¿En qué medida debería ayudarse económicamente a Rusia —algo que inevitablemente reforzaría a ésta en lo político y en lo militar— y en qué medida debería asistirse simultáneamente a los Estados recientemente independizados en la defensa y la consolidación de su independencia? ¿Podría Rusia ser poderosa y democrática al mismo tiempo? Si vuelve a ser poderosa, ¿no intentará recuperar su perdido domino imperial? y, en ese caso, ¿podría ser un imperio y una democracia al mismo tiempo?

La política estadounidense hacia los pivotes geopolíticos vitales de Ucrania y Azerbaiyán no puede obviar esa cuestión, y por lo tanto los Es-

4. A. Bogaturov y V. Kremenyuk (investigadores del Instituto de los Estados Unidos y Canadá), en «Relaciones actuales y perspectivas de la interacción entre Rusia y los Estados Unidos», *Nezavisimaya Gazeta*, 28 de junio de 1996.

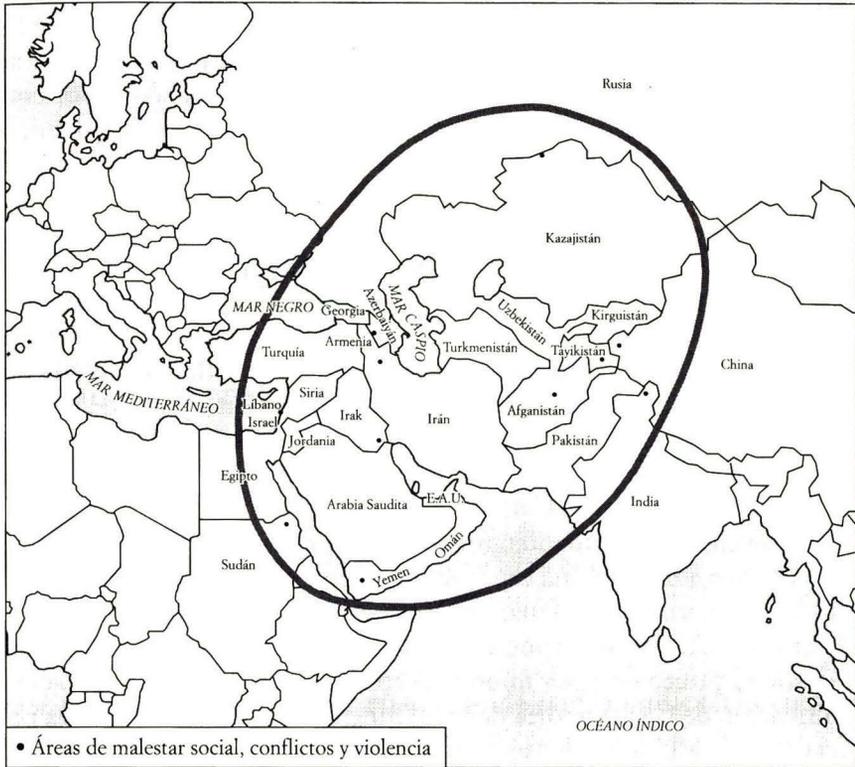
tados Unidos se enfrentan a un difícil dilema que tiene que ver con el equilibrio táctico y los objetivos estratégicos. La recuperación interna de Rusia es esencial para su democratización y para su eventual europeización. Pero cualquier recuperación del potencial imperial ruso podría actuar contra esos dos objetivos. Además, podrían desarrollarse diferencias sobre esa cuestión entre los Estados Unidos y algunos Estados europeos, especialmente a medida que la UE y la OTAN se amplíen. ¿Debería considerarse a Rusia como candidata a una eventual participación en alguna de esas estructuras? ¿Y qué hay de Ucrania? Los costes de la exclusión de Rusia podrían resultar altos —al introducir una profecía que se autoejecutara en la opinión rusa—, pero los resultados de la disolución de la UE o de la OTAN podrían ser también bastante destabilizadores.

Otra gran incertidumbre se cierne sobre el espacio vasto y geopolíticamente fluido de Eurasia Central, maximizado por la potencial vulnerabilidad de los pivotes turco e iraní. En el área demarcada por el mapa de la página siguiente, que va desde Crimea en el mar Negro directamente hacia el este a lo largo de las nuevas fronteras del sur de Rusia hasta llegar a la provincia china de Xinjiang, bajando luego hacia el océano Índico y hasta el mar Rojo al oeste, luego al norte hacia el Mediterráneo Oriental y de nuevo hasta Crimea, viven alrededor de 400 millones de personas, localizadas en unos 25 Estados, casi todos heteorgéneos desde el punto de vista étnico y religioso y casi ninguno políticamente estable. Algunos de estos Estados pueden estar encaminados a la adquisición de armas nucleares.

Esta vasta región, desgarrada por odios violentos y rodeada de vecinos poderosos que compiten entre sí, es susceptible de convertirse en un importante campo de batalla, tanto de guerras entre Estados-naciones como —lo que es más probable— de una prolongada violencia étnica y religiosa. El hecho de que la India actúe como un elemento de moderación o de que aproveche alguna oportunidad para imponer su voluntad a Paquistán afectará mucho al alcance regional de los probables conflictos. Las presiones internas dentro de Turquía y de Irán no sólo tienen probabilidades de empeorar sino que reducirán mucho el papel estabilizador que esos Estados son capaces de desempeñar en esta volcánica región. Estos acontecimientos, a su vez, harán más difícil la asimilación de los nuevos Estados de Asia Central a la comunidad internacional, mientras que también afectarán negativamente a la seguridad —dominada por los Estados Unidos— de la región del golfo Pérsico. En cualquier caso, tanto los Estados Unidos como la comunidad internacional se enfrentarán aquí a un desafío mucho mayor que el de la reciente crisis en la antigua Yugoslavia.

Un posible desafío a la primacía estadounidense por parte del fundamentalismo islámico podría formar parte de los problemas de esta inesta-

MAPA 2.3. La zona global de infiltración de la violencia



ble región. Mediante la explotación de la hostilidad religiosa al *American way of life* y aprovechando el conflicto árabe-israelí, el fundamentalismo islámico podría socavar a varios gobiernos prooccidentales de Oriente Medio y llegar a amenazar los intereses regionales estadounidenses, especialmente en el golfo Pérsico. Sin embargo, sin una cohesión política y en ausencia de un único Estado islámico verdaderamente poderoso, una amenaza proveniente del fundamentalismo islámico carecería de un núcleo geopolítico y sería por lo tanto más susceptible de expresarse a través de una violencia difusa.

Una cuestión geoestratégica de importancia crucial es la que plantea la emergencia de China como gran potencia. El resultado más atractivo sería el de la cooptación de una China democrática y con libre mercado en un marco asiático de cooperación regional. Pero supongamos que China no se democratiza aunque continúa creciendo en términos de poder económico y militar. Puede que esté emergiendo una «Gran China», sean

cuales sean los deseos y los cálculos de sus vecinos, y que cualquier esfuerzo para impedirlo lleve a un conflicto cada vez más intenso con este país. Semejante conflicto podría hacer más tensas las relaciones entre Estados Unidos y Japón —porque no es nada seguro que Japón aceptase seguir el liderazgo estadounidense en la contención de China— y por ende tendría consecuencias potencialmente revolucionarias en la definición de Tokio del papel regional de Japón, lo que podría conducir incluso al fin de la presencia estadounidense en el Lejano Oriente.

Sin embargo, para llegar a un acuerdo con China habría que pagar un precio. Aceptar a China como una potencia regional no es una mera cuestión de avalar un simple eslogan. Esa preeminencia regional deberá tener un contenido determinado. Para expresarlo de una forma muy directa, ¿cuál sería el tamaño y la ubicación de la esfera de influencia china que los Estados Unidos deberían disponerse a aceptar como parte de una política de cooptación de China para los asuntos mundiales? ¿Qué áreas que actualmente están fuera del radio político chino deberían ser cedidas al territorio del reemergente Celeste Imperio?

En ese contexto, el mantenimiento de la presencia estadounidense en Corea del Sur adquiere una especial importancia. Sin él, es difícil concebir que los acuerdos de defensa entre Estados Unidos y Japón mantengan su forma actual, porque Japón debería alcanzar una mayor autosuficiencia desde el punto de vista militar. Pero cualquier movimiento hacia la reunificación de Corea podría dañar el fundamento de la continuada presencia militar estadounidense en Corea del Sur. Una Corea reunificada podría decidir terminar con la protección militar estadounidense; ése, sin duda, podría ser el precio solicitado por China a cambio de su apoyo decisivo a la reunificación de la península. En pocas palabras, la gestión, por parte de los Estados Unidos, de su relación con China tendrá inevitablemente unas consecuencias directas sobre la estabilidad de la relación triangular de seguridad entre Estados Unidos, Japón y Corea.

Por último, deberían también señalarse brevemente algunas de las posibles contingencias relacionadas con los futuros alineamientos políticos, tema de una discusión más profunda en los capítulos pertinentes. En el pasado, los asuntos internacionales estuvieron dominados en gran medida por las luchas entre Estados individuales por el dominio regional. De ahora en adelante, los Estados Unidos podrían tener que decidir cómo arreglárselas con las coaliciones regionales que intenten empujarlos fuera de Eurasia, amenazando con ello el estatus de los Estados Unidos como potencia global. Sin embargo, el surgimiento o no de coaliciones que desafíen la primacía estadounidense dependerá, en una medida muy importante, de cuán efectivamente respondan los Estados Unidos a los principales dilemas identificados aquí.

El escenario potencialmente más peligroso sería el de una gran coalición entre China, Rusia y quizás Irán, una coalición «antihegemónica» unida no por una ideología sino por agravios complementarios. Recordaría, por su escala y por su alcance, a la amenaza que planteó, en determinado momento, el bloque sino-soviético, aunque esta vez China sería probablemente el líder y Rusia el seguidor. Evitar esta contingencia, por más remota que pueda ser, requerirá un despliegue simultáneo de habilidad estratégica estadounidense en los perímetros occidental, oriental y sur de Eurasia.

Una amenaza geográficamente más limitada pero potencialmente más importante sería la de un eje sino-japonés, a partir de un colapso de la posición estadounidense en el Lejano Oriente y de un cambio revolucionario en la posición mundial de Japón. Combinaría el poder de dos pueblos extraordinariamente productivos y podría explotar alguna forma de «asianismo» como doctrina unificadora antiestadounidense. Sin embargo, no parece probable que en el futuro previsible China y Japón formen una alianza, dadas sus experiencias históricas recientes; y una política estadounidense en el Lejano Oriente con visión de futuro debería poder prevenir con toda seguridad que semejante eventualidad tenga lugar.

También es bastante remota, pero no totalmente excluible, la posibilidad de un gran realineamiento europeo en torno a una colusión germano-rusa o a una entente franco-rusa. Hay precedentes históricos evidentes de ambas, y podrían surgir en el caso de que la unificación europea quedara frenada o en el de que las relaciones entre Europa y Estados Unidos se deterioraran gravemente. Sin duda, en el segundo caso es posible imaginar un acuerdo euro-ruso para excluir a los Estados Unidos del continente. En el momento actual todas esas variantes parecen poco probables. Requerirían no sólo una pésima gestión de la política europea de Estados Unidos sino también una importante reorientación por parte de los Estados europeos clave.

Sea cual sea el futuro, es razonable concluir que la primacía estadounidense en el continente euroasiático será zarandeada por turbulencias y quizás, al menos, por una violencia esporádica. La primacía estadounidense es potencialmente vulnerable a nuevas amenazas, provenientes bien de contendientes regionales, bien de constelaciones noveles. Es posible que el sistema global estadounidense actualmente dominante, dentro del cual «la amenaza de guerra no forma parte del juego» se mantenga estable sólo en aquellas partes del mundo en las que la primacía estadounidense, guiada por consideraciones geoestratégicas a largo plazo, se apoye en sistemas sociopolíticos compatibles y similares al suyo, vinculados entre sí por los marcos multilaterales dominados por los Estados Unidos.

